[Otra edición en: *Alminar* [Badajoz] 16, junio 1980, 16-17. Versión digital por cortesía de los herederos del autor].
© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

El cipo de Magacela

Antonio Blanco Freijeiro

Cuando uno ve estas piedras cubiertas de graciosos monigotes en los museos que las conservan –Badajoz, Cáceres, Madrid, Sevilla, Córdoba–, difícilmente las asocia con los parajes de donde proceden. Y es que ellas de por si se expresan en términos muy lacónicos.

La de Magacela, concretamente, representa a un guerrero con sus armas: Una figura filamentosa, como un muñeco de alambre, con la espada de través sobre la cintura, y a su lado, con la punta hacia abajo, la lanza –«que proyecta larga sombra», diría Homero– y un objeto que unos interpretan como maza, quizás con más razón que otros que lo hacen como espejo. Abajo de todo, un escudo redondo, con un ángulo entrante de uno de los aros concéntricos que dividen el área interna del mismo. Estos ángulos muescas nos permiten a los arqueólogos agrupar tales escudos bajo el rótulo «de Herzsprung» y discutir si su origen es chipriota o báltico, pues aunque parezca mentira esta y otras armas de aquella época alcanzaron una difusión asombrosa.

Además de todo esto, el guerrero de Magacela, o los deudos que le hicieron las exequias, parecen haber puesto empeño en que los representasen con el casco de cuernos que llevaba para amedrentar a sus rivales, recordándoles el poder de su brazo, comparable al del Dios de la Tempestad que sacude los cielos y la tierra con el tonante rayo, como el toro sacude con su poderosa testuz a quien osa hacerle frente.

Este hombre, sus huestes, su pueblo, encontraron en Extremadura un hogar inmejorable para desarrollar sus actividades de pastores nómadas. Desde allí hicieron sentir su peso en todo el suroeste peninsular durante el Bronce Final, entre los siglos IX y VII a. C.

Tal vez viniesen de muy lejos, desde la Europa del Este, pues los arreos de sus caballos guardan cierta semejanza con los de los iranios. No

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia

hace mucho que W. Schüle, al estudiar las culturas de la Meseta Central de España, ha recordado lo que decía Varrón, de que entre los primitivos pobladores de España se hallaban los persas.

Esto parecía tan fuera de lugar, que Schulten le había enmendado el texto al polígrafo romano poniendo tersas (esto es, tirsenos, etruscos) en lugar de persas; pero acaso Varrón, que había estado en España como legado de Pompeyo, supiese perfectamente lo que decía por haber hablado con alguien que conservaba la memoria del parentesco con los persas de algunas poblaciones peninsulares. El caso es que una de las manifestaciones más características d este grupo étnico y cultural son estas estelas del tipo de Solana de Cabañas, así llamado por la primera que se conoció y hoy repartido por todo el cuadrante suroeste de la península (con Extremadura como zona de mayor densidad), al que hay que sumar un ejemplar aislado en el valle del Ebro, como jalonando el camino por donde estos pueblos hicieron su entrada en busca de los metales y las riquezas del suroeste. Fiel complemento de las buenas armas de bronce de su panoplia era el carro de guerra que ellos manejaban como expertos domadores de caballos. Su táctica, bien conocida por el manual hitita de hipología, consistía en el ataque rápido y por sorpresa a primera hora de la mañana, después de haber alcanzado al enemigo en una marcha nocturna y silenciosa. La preparación de los carros y de los caballos para realizar esos desplazamientos nocturnos en el más absoluto silencio, exigía un constante entrenamiento de los caballos y de los aurigas. Algún rey hitita no tuvo empacho en declarar que había renunciado a una batalla porque el enemigo se había percatado de su presencia. El factor sorpresa era, pues, esencial para sembrar el pánico en el enemigo en el momento de lanzar sobre él la carga de los carros. Tan importante como para los hititas, fueron el carro, tirado por dos caballos, para este pueblo de las estelas sepulcrales extremeñas. Un ejemplar de Cabeza del Buey que acaba de ingresar en el Museo de Badajoz lo ostentan bien claro y lo mismo otras del género a que nos estamos refiriendo.

¡Qué magnífico escenario encontraron estas gentes en la inmensidad de la Serena para desplegar en grande el poderío de sus carros! ¡Cómo se palpa aquí el espíritu que impregna las estelas e irradia e ellas sobre el espectador a través de los milenios! ¡Pero cómo se pierde ese espíritu cuando estas losas quedan desvinculadas de su ambiente original, para arrumbarlas en un museo. Una buena fotografía, por lo menos, hace falta a su lado. La estela de Magacela es inseparable, si no queremos matarla, de aquel cerro y de aquel castillo, inmóviles y eternos. Allí vivió y allí fue sepultado este guerrero del casco de cuernos. No podía tener él una sede menos encumbrada.

© Herederos de Antonio Blanco Freijeiro
© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia